

Moral

LA VICTORIA

DE

LAS CUNAS

LECCIONES DE UN PUEBLO HERMANO

"Aquellas leguas de nieve y hielo", frase con que Voltaire caracterizaba despectivamente a la colonia francesa del Canadá, se han convertido hoy en un gigantesco poderío mundial. La renta anual por persona es la más alta del mundo, 1,238 \$, después de la renta anual del ciudadano de Estados Unidos. Grandes yacimientos minerales que cada día añaden en aquella tierra ilimitada, enorme energía eléctrica, una agricultura variada y de proporciones colosales, y una organización social y económica avanzada hacen del Canadá el gran imperio del mañana. Y cada Provincia canadiense es un reino dentro de un imperio continental. Sólo en la de Quebec, hogar del pueblo canadiense francés, caben con mucha holgura dos Españas.

Hoy nos interesa de manera especial el Canadá francés, pueblo hermano, latino como el nuestro y vinculado al nuestro con el múltiple lazo de religión, comunes características raciales y una íntima afinidad espiritual.

Cuando los ingleses se apoderaron de la vasta colonia francesa, las clases directora —intelectuales, soldados y burgueses— tornan a la metrópoli, y el honrado pueblo trabajador se agrupa alrededor de su Iglesia parroquial eligiendo instintivamente al Párroco como su padre y guía. Pronto se crea esta célula vital vigorosa y bien enlazada

que se llama Parroquia. La Parroquia en el Canadá francés es un concepto extraño aún al habitante de la vieja Europa, donde aún perdura el viejo concepto del municipio en torno al templo. La parroquia es el microcosmos, es la gran familia, es como el "microcosmos" donde todo está... Concepto de la parroquia que aún vive palpitante hasta en la gran metrópoli canadiense, Montreal, donde aún la parroquia es el centro de la vida.

Vencido y abandonado aquel pueblo se repliega para sobrevivir y continuar siendo católico y francés, y declara al invasor la guerra "más original que registrar la historia: "la guerra de las cunas"... Es la mejor Francia, que no sabe de componendas y liberalismo, que no puede contener el ímpetu vital y estalla en un flujo continuo de vida seccionándose en millares de células vitales vigorosas que inundan la tierra sin hombres del Canadá... Y esto en corriente impetuosa que dura tres siglos. Cuando hace tres o cuatro lustros se descubre una de las invasiones más maravillosas y pacíficas de la historia unos se asombran, y otros quieren detener el torrente. Pero es tarde. Y asoma a la vida adulto y afirmativo de su poder aquel pueblo joven de 300 años, con un catolicismo hondo y encarnado en una vida económica robusta. Buen susto para los que lo creían enterrado!...

Ya era tarde cuando el elemento inglés se percató de que le enemigo se iba infiltrando en sus aldeas sin hijos, y quiso taponar la brecha abierta con nueva inmigración sajona o germánica. El turista extranjero atraviesa a veces millas y millas de tierras feraces sembradas de aldeas en el oeste canadiense. No se le ocurre dudar de la procedencia de aquellas gentes curtidas y duras al sol y al viento. Tal vez se confirme en su idea al oír el inglés intachable del encargado del surtidor de gasolina... Y sin embargo allí, en el corazón del Canadá inglés hay una cuña audaz, y se habla en francés, y entorno a la parroquia hay un mundo nuevo que ama a Dios y se multiplica pensando hacer "patria".

En la metrópoli canadiense Montreal hace 25 años los francos-canadineses eran minoría y hoy son aplastante mayoría.

Era una aldea silenciosa y blanca del condado de Sherbrooke, donde tenía lugar el Consejo nacional de la

JAC (juventud agraria católica). Había un latir de vida nueva que me impresionó. La parroquia fragante de madera nueva, y junto a ella un hermoso santuario a Nuestra Señora, y una preciosa escuela de agricultura... Y pensar que hacía 25 años la aldea había sido totalmente protestante!! Ahora sólo quedaba un grupito de disconformes y displicentes ingleses que dejaban cuartearse el templo anglicano, mientras el catolicismo hervía vital. Y aquel profesor de la escuela de directivos de la UCC (unión de campesinos católicos) de Sherbrooke que con flema campesina me contaba chispeantes anécdotas de la guerra de las cunas.

Aldeas donde el vecindario se había juramentado a no admitir a ningún papista canadiense francés. Uno de los viejos señores ingleses había tenido que alquilar un jornalero franco-canadiense... y al cabo de 25 años el 50 por ciento de la aldea era del enemigo. Y las viejas y adustas mansiones de piedra de los colonos ingleses iban dejando paso a las alegres casitas de madera pintada de los advenedizos...

Existe en el Canadá francés el culto de la familia, un culto austero y fecundo de alegría a la vez. Al casarse el primer ministro actual del Canadá fervoroso católico de Quebec hizo construir una casa con 19 habitaciones. ¿"Para qué una casa tan grande"? le preguntaban. "Para la familia canadiense" respondía.

"¿Cuántos hermanitos tienes"? preguntaba yo a los niños regordetes y vivarachos que jugaban sobre el hielo en aquellas aldeas norteñas del Condado de Labelle, y una polifonía encantadora me respondía: "Yo 14, yo 18, yo 21...". Y en una camida familiar con un grupito de dirigentes campesinos lancé a bocadejarro esta pregunta: "Vamos a ver quién tiene más hermanos en casa? Y de los 5 uno tenía 15, otro 13, otro 17, otra 20 y sólo una 5 hermanitos y lo dijo llena de vergüenza.

Cuántas veces en aquellas mañanas maravillosas de invierno me distraía yo mirando aquellas nubes de chiquillos que reían y se deslizaban sobre el hielo y parecían brotar de él como por gene-

ración espontánea...!

Fecundidad familiar que se traduce en maravillosa floración de vocaciones religiosas y sacerdotales. Hay unas 1.470 familias franco-canadienses con más de 4 vocaciones. El promedio de hijos en ellas es de 12,5. Entre las 95 familias que tienen más de 7 vocaciones el promedio de hijos es de 14,2. Más de 3.500 misioneros franco-canadienses evangelizan el mundo, cifra equivalente a los misioneros de Estados Unidos. Y pensemos que en Estados Unidos, hay 30 millones de católicos y los franco-canadienses no pasan mucho de los 5 millones. Y qué magníficos son los misioneros franco-canadienses! ¿Será que la seria disciplina y mutua ayuda que exige una familia numerosa los ha entrenado para la conquista misionera y la adaptación que exige la vida evangélica...?

Pero la batalla de las cunas tienen otra faceta. Los padres aspiran a que sus hijos sean más que ellos, pues sólo así podrán engrandecer la patria. Es interesante a este respecto la estadística de la extracción social del alumnado de segunda enseñanza en la Provincia de Quebec. Un 65 por ciento de los alumnos son hijos de obreros, o pequeños industriales y labradores; un 18 por ciento de padres que han recibido la segunda enseñanza, y otro 18 por ciento de padres que la han recibido superior.

Con qué ilusión me hablaba aquel caminero que hacía la ruta de Montreal a la tierra nueva de Abitibi, varios miles de Kms., de su primer hijito que quería colocar en un buen colegio para que fuera un prohombre franco-canadiense. El continuaría recorriendo la interminable carretera para que su hijo fuera más que él, y no por egoísmo, sino por amor a su pueblo...

N. de la R.- Entretanto, en Venezuela tratamos de resolver el problema de nuestra escasa población a base sólo de inmigración, mientras nuestras familias católicas, por lo general, van cada vez más impidiendo los hijos. ¿Será para que en un futuro no muy lejano la Patria sea de los inmigrados!

P. J. MIGUEL GANUZA, S. J.
(Mont Laurier, Canadá, Verano de 1953)